ARTURO, ó LOS REMORDIMIENTOS.

DRAMA EN UN ACTO.

Imitacion de Cockroy.

(Por D. G. F. Coll.)

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DIA 30 DE JULIO DE 1842.

ACTORES.

EL CONDE DE GLENARVON.	Don P. Mate.
EL MARQUÉS DEL ALAMO.	Don P. Lopez.
RAFAEL.	Don V. Caltañazor.
LUISA.	Doña J. Valero.
ENRIQUE.	Doña C. Flores.
UN CRIADO.	Don M. Reyes.

La escena es en Inglaterra y pasa en la quinta del Conde de Glenarvon.

ACTO UNICO.

Salon ricamente amueblado. Puerta en el foro y á la izquierda; á la derecha otra mas pequeña que se supone conduce al jardin. En el mismo lado una mesa con escribanía. A la derecha un armario.

ESCENA I.

LUISA, RAFAEL, *ambos á la ventana.*

LUISA.

Mira, no hay duda, ya viene el Conde: no distingues una polvadera allá abajo?

RAFAEL.

Dónde, Señora?

LUISA.

Sobre la derecha. No mires tan lejos... por encima del bosque y en direccion de la quinta de Greveen... un poco mas acá.

RAFAEL.

Ah! si Señora, distingo la polvareda que se levanta junto á la neblina del Lago; y en efecto deben causarla los caballos de alguna cazeria; pero no puede ser la de mi Señor, porque marchó por el lado opuesto, como que iba al monte negro por lo abundante que es en caza mayor.

LUISA.

Ya me tiene con cuidado su tardanza. Temo que le haya sucedido alguna desgracia.

RAFAEL.

Tranquilizaos, Señora; pues poco diestro es mi amo en esa clase de ejercicio!.. ademas que no es la vez primera, desde que vinimos de España, que se separa de vos con el mismo objeto y vuelve de su espedicion sano, salvo y victorioso... Como inglés castizo es aficionadisimo á la caza, pero eso no me maravilla, tambien los españoles lo somos.

LUISA.

Pero en nuestro hermoso pais la caza es una diversion, porque en ella no se arrostran comunmente tantos peligros, mientras que en la árida Inglaterra se la puede considerar como un combate á muerte. Ademas la caza escita en mí funestos recuerdos; mi

primer marido encontró en ella una muerte horrorosa.

RAFAEL.

Pero, Señora, aquello fué casual; resvalar un caballo, dispararse la escopeta con el sacudimiento y herir el plomo mortalmente al ginete, no es cosa que se vé mas que una vez.

LUISA.

Ah! Calla! calla, Rafael!

RAFAEL.

Perdonad, Señora; yo lo digo porque ya que no tengo ocupacion conocida en esta casa, me parecia conveniente el ocuparme en quitaros aprensiones de la cabeza; por lo demas si vos no hubierais sacado la conversacion, yo no hablaria de ese suceso, porque el amo nos lo tiene mandado así á todos, y como eso es lo único que me manda á mi, debo dedicarme á no hablar de ello noche y dia.

LUISA.

Atiende; se me figura oir caballos en el patio... será Arturo... ves como yo decia bien?

RAFAEL.

Voy á ver.

Vase.

ESCENA II.

LUISA, *sola*.

Y yo corro á arrojarme en sus brazos como en los primeros dias de nuestro amor... Cuán larga parece á veces la ausencia, aunque sea de pocas horas!... Enrique, Enrique!

ESCENA III.

LUISA, ENRIQUE.

ENRIQUE, *presentándose*.

Qué mandais?

LUISA.

Deja los libros y ven á recibir á tu padre.

ENRIQUE.

A quién?

LUISA.

A tu padre.

ENRIQUE.

A mi padre? yo no tengo padre; mi padre no habia nacido en este pais miserable y triste. El Conde de Glenarvon, no es mas que el esposo de mi madre.

LUISA.

Qué dices, hijo mio!

ESCENA IV.

DICHOS, RAFAEL.

RAFAEL, *desde la puerta*.

No es el Conde, Señora, el que acaba de apearse en el patio, son unos españoles á quienes he oido hablar bien claro y sin tituvear en nuestra lengua, y por cierto que me alegro mucho de que venga gente de por allá.

ESCENA V.

DICHOS, *un* CRIADO.

CRIADO, *anunciando*.

Señora, un caballero estrangero acaba de llegar y pregunta por el Sr. Conde.

Rafael se ha marchado á poco de haber entrado el criado.

LUISA.

Cómo se llama?

CRIADO.

El Marqués de... de... no me acuerdo; esos nombres españoles son tan revesados... iré á preguntarselo.

LUISA.

No: qué importa su nombre? Dile que el Conde no está en casa, pero que en su nombre será alojado en esta quinta.

ENRIQUE.

Mamá, yo me encargaré de eso si me lo permites.

LUISA.

Bien; pero no olvides que ese caballero á quien quiere hablar es al Conde; no vayas á importunarle con tus preguntas.

ENRIQUE.

No tengais cuidado; aun cuando es un compatriota y me regocija el verle, aguardaré á que venga el Conde para preguntarle por mi pais.

LUISA.

Bien.

ENRIQUE, *al criado*.

Vamos.

Vase con el Criado.

ESCENA VI.

LUISA, *despues* RAFAEL.

LUISA.

Las palabras de mi hijo han acibarado mi alma; su antipatía hácia el que tiene en lugar de padre, me aflije tanto como la melancolia que abruma á mi esposo. Arturo le quiere como á un hijo, pero él á nadie quiere mas que á mi: por otra parte el carácter de mi esposo ha cambiado desde que pisamos la Inglaterra; este nebuloso pais nos tiene á todos agoviados, y sin embargo el Conde no quiere dejarle, sin que yo pueda atinar con la causa: en vano le recuerdo los hermosos dias que disfrutábamos en España, la alegria de aquel delicioso clima, que solo para mi tiene recuerdos tristes, pues en él dejé el cadáver ensangrentado de mi primer esposo... No sé qué terror se apodera del corazon de Arturo al recordar aquella catástofre funesta, que al cabo de un año le hizo dueño de mi mano y le dió el título de padre de Enrique. Oh! Dios mio! ya que al privarme de un esposo que amaba, me deparó tu bondad un consolador en mi desgracia y un apoyo para mi hijo, haz que sus dias sean serenos y apacibles, da á sus virtudes el premio merecido, desterrando de su alma esa tristeza que no alcanzan á disipar mis caricias!.. Pero cuánto tarda!.. Si supiera lo que me aflige con estas ausencias no las prolongaria tanto; desea complacerme y sin embargo... yo no sosiego... Pero aquí viene Rafael.

RAFAEL, *entrando.*

Señora...

LUISA.

Mira... Yo voy á colocarme en el mirador del parque hasta que vea venir al Conde; desde esta ventana puedes tu ver si llega por el lado opuesto: avisame luego que le distingas.

RAFAEL.

Muy bien, Señora.

Vase Luisa.

ESCENA VII.

RAFAEL, *solo.*

Pues, Señor, esto es ya hacer algo; nunca me mandan nada en esta casa y en verdad que es estraño... Pero quien será ese español que acaba de llegar, y á quien no he podido ver la cara, por mas que lo he procurado? Todos los criados de la casa estan ocupados en servirle, menos yo... y eso que deberia ser el primero, porque es un compatriota... Ya, pero como no puedo saber cuales son mis funciones en casa del Conde... si soy amo ó criado... Porque á mi rara vez me manda nadie, y cuando yo mando algo se me obedece. Es cosa singular!... y aunque á mi me va perfectamente, no deja de ser fastidioso el no poder enviar á decir á mi madre: yo soy tal cosa en Inglaterra; y como estoy aguardando á ver si puedo averiguar lo que soy, ya se ve, no la digo nada, y así se pasan dias y dias sin que tenga carta mia, y ella dirá: Pero este muchacho qué bruto es!.. me envia dinero todos los meses y no me dice cómo lo gana, ni qué hace... y no es que soy bruto, sino qne no soy nada, ó al menos si soy algo, como solo hace que estoy en Inglaterra tres... cuatro... cinco años, no he podido averiguarlo todavia.. En fin por si el español que acaba de llegar regresa á nuestro pais voy á encargarle la carta que tengo empezada desde que llegué á Inglaterra. Salga pues del escondite. (*se dirije á un armario le abre y se pone á buscar.*) Aquí está!... calla!... yo echo de menos una cosa en este armario... que será?... Ah! la escopeta que guarda en él el Sr. Conde... Quien la habrá cogido?... El amo no puede ser porque nunca se sirve de ella... ni quiere que la miren siquiera... Ningun criado de la casa se habrá atrevido á infringir sus ordenes... Bien mirado no puede ser otro que el Señorito Enrique que se muere por tirar al blanco... Pero á que me caliento yo la cabeza?... Vamos á mi asunto que es lo que me interesa. Leeré la carta por si le falta algo. (*se sienta comodamente en un sillon.*) «Inglaterra 15 de noviembre de 1837...» (*hablando*) Va á decir que se ha atrasado en el correo cinco años; pero no importa, al concluirla pondré la fecha de hoy. (*leyendo*) «Mi querida madre: sabreis cómo he llegado con felicidad á este pais, aunque bastante traqueteado: el viaje de Madrid á Cádiz ha sido bueno; pero en Cadiz nos hemos embarcado para venir aquí y en el mar he tenido muy malos ratos porque el barco tiene peor movimien-

to que la dilijencia: me puse muy malo asi que echamos á andar y ya no volvi á ver el camino de lo atontado que estaba; pero rezé un credo al cristo del Pardo y gracias á él, me senti tan bueno á los tres ó cuatro dias de haber desembarcado. El Señor que encontré en el bosque cerca de nuestra casa, y que me ha traido consigo, es un Conde inglés muy rico. Un año despues de llegar, Doña Luisa, la viuda de D. Alfonso, vino con su hijo el Señorito Enrique. Mi amo se casó con ella y vivimos en una casa de campo muy hermosa que pertenece al Sr. Conde. Sabreis cómo este pais es muy frio, por lo que yo no salgo de casa en invierno, y me estoy á la chimenea las horas muertas, todo el tiempo que me lo permiten mis ocupaciones, que no son ningunas, porque hasta ahora no me han enterado de mis obligaciones, ni del empleo que desempeño en la casa. Mayordomo no soy, porque hay dos; escribiente menos, porque en año y medio no he escrito mas que esta carta. Si acaso me han dicho lo que soy me lo habrán dicho en inglés, porque yo no he entendido una palabra; porque habeis de saber que el amo lo único que me ha mandado hasta ahora es que no hable con los ingleses en inglés, lo cual cumplo fielmente, porque no entiendo jota de esta lengua tan revesada. Vivo sin saber cómo; por las mañanas me levanto al romper las once, aunque algunas veces es al rayar las doce. Estoy bien vestido, bien calzado, bien comido y bebido, cuidado como un canónigo, y voy engordando poco á poco. Por todo este trabajo me dan veinte libras esterlinas al año, que vienen á ser unos dos mil reales...» Oigo gente! (*mirando*) Es el Sr. Conde.

Se vuelve de espaldas y se guarda la carta durante las primeras palabras de la escena siguiente.

ESCENA VIII.

LUISA, *el* CONDE, RAFAEL.

CONDE, *entrando*.

Quién está ahi? (*con amabilidad*) Ah!.. sois vos, Rafael? (*aparte*) La presencia de ese hombre me hace daño, y sin embargo debo conservarle á mi lado, porque todo lo vió, y sabe... (*alto*) Si tuvieseis la bondad de dejarnos.

RAFAEL.

Como gusteis, Señor Conde. (*aparte*) Con que atencion me trata siempre. Voy á dar la última mano á mi carta.

Vase.

ESCENA IX.

El CONDE, LUISA.

LUISA.

Parece que estás cansado?

CONDE.

Si... gracias á Dios: el cuerpo es lo que turba la paz del alma, lo que la agita con temores y esperanzas. Salgo á caza para agotar mis fuerzas, porque solo á ese precio encuentro algun sosiego.

LUISA.

En otro tiempo le encontrabas en tu corazon.

CONDE.

En otro tiempo... Si... en otro tiempo. (*pausa — á si mismo*) Y quien pudiera descubrirlo?

LUISA.

Descubrirlo!.. El qué?

CONDE.

Oh! nada... El arte de recordar el tiempo pasado... de hacer que el dia de ayer fuera el dia de hoy... y que el dia de hoy fuera la nada.

LUISA.

Dios mio! Eres muy cruel, Arturo! Siempre con palabras tristes y sombrias; siempre con amarguras y pesares. Qué ha sido de aquellos acentos amorosos que en otro tiempo me enagenaban de placer, y que me hacian creer que era imposible verte sin amarte? Esos acentos los encontraba yo entonces á cada momento en tus lábios; y cuando callaba tu boca, hablaban por ella tus ojos; pero desde que el sacerdote bendijo nuestra union, palabras y miradas han cambiado. Mi amor te cansa, mis caricias te fatigan. Vivimos separados, y cuando te acercas á mi, te alejas al instante, como si existiera un remordimiento entre los dos. Parece que tienes un secreto que lucha por salir de tu pecho y que á cada momento te se va á escapar.—Dime, Arturo, qué es lo que pasa en tu alma? hay acaso alguna muger, cuyo cariño te sea mas grato que el mio?... deberias decirmelo... no; deberias matarme... Ah! cuan desgraciada soy!

CONDE.

Tienes celos, Luisa! y de quién?.. No he depositado en ti todo mi amor?... Pero dudas... y haces bien... podemos por ventura creer en nuestra felicidad... (*á media voz*) cuando volvemos la vista atrás?

LUISA.

Arturo!.. Qué recuerdo has traido á mi memoria? La esposa de Alfonso le habia engañado!

CONDE, *con voz sombria.*

Hoy!.. si... hoy, es ese dia maldito.

LUISA.

Qué dia! no te comprendo.

CONDE.

Y has podido olvidarlo!.. El aniversario de su muerte!

LUISA.

Dios poderoso!

CONDE.

Has olvidado tambien las palabras de amor que nos escribiamos despues de su muerte, y durante el año que guardaste el luto?.. y la hipócrita compasion con que procurábamos ocultar la alegria de nuestros corazones?

LUISA.

Calla! calla! sino quieres que muera!

CONDE.

Y si viniera él á recordárnoslo?

ESCENA X.

El CONDE, LUISA, *el* MARQUES, ENRIQUE.

El Marqués entra dando la mano á Enrique.

LUISA, *aterrada al verlos.*

Ah! el Marqués del Alamo.

CONDE.

Quien?

LUISA.

El padre de Alfonso.

CONDE.

Ah!

MARQUES.

Mi venida inesperada os ha sorprendido... Disimulad mi impaciencia y la de mi nieto, al que no he podido contener luego que ha sabido quien era yo... (*se acerca á Luisa, y la coge la mano*) Hija mia!.. (*al Conde*) Muchas veces nos hemos visto en España, Señor Conde, pero como de eso hace ya cinco años, no estrañaré que os cueste algun trabajo conocerme.

CONDE.

No, no... ninguno... ademas que bastaria vuestra sorprendente semejanza con Alfonso...

MARQUES.

Es cuanto me queda de mi hijo. Vos, Señor Conde, habeis recogido la herencia de sus mas preciosos bienes, sois esposo de su viuda, sois padre de su hijo, y su amor os pertenece. Mas yo he quedado solo, y... ¿no es justo, que el pobre venga á pedir al rico alguna parte de sus tesoros?

CONDE, *dándole la mano.*

Seais bien venido.

LUISA.

Estábamos muy agenos de pensar que os hallábais en este pais.

MARQUES.

Dos meses hace que salí de España, encargado de una mision secreta cerca de la corte de Inglaterra. Vos sabeis, Luisa, que cuando me anunciaron la muerte de mi desgraciado hijo, fue tal el dolor que esperimenté y la impresion que me causó, que perdi enteramente el conocimiento. Cinco años he pasado en un estado cruel de insensibilidad y olvido, y á ese mismo estado debo la conservacion de mi vida. Al fin ha querido Dios que recobrara la razon, para que sintiera todo el peso de mi desgracia, y tal vez para que vengue á Alfonfonso! (*á Luisa*) Visteis el cuerpo de vuestro marido cuando lo trasladaron á mi casa en una camilla?

LUISA.

No... no hubiera podido soportar...

MARQUES.

No lo visteis en el ataud?

LUISA.

No.

ENRIQUE.

Lo vi yo: estaba en una sala colgada de negro, y su rostro, aunque pálido, conservaba la hermosura de sus facciones. (*llorando*) Una multitud de hombres de las inmediaciones, y otros que habian acudido de mas lejos, lloraban cerca de su cadáver, y deploraban su temprana muerte... porque mi padre era muy querido!

MARQUES.

Oh! por qué hice abrir el ataud que ocultaba á todo el mundo tan horroroso espectáculo!.. Cuando levanté el paño que le cubria, se ofreció á mi vista la espantosa rea-

lidad. Con una mano se apretaba la herida; tenia el brazo derecho retirado hácia atras y con el puño cerrado; su rostro habia tomado una espresion amenazadora, y de su boca, aunque cerrada, parecia que salian estas palabras: Véngame; he muerto asesinado!

LUISA.

Dios mio! si fuera cierto!

CONDE, *vacilando.*

Oh! seria un crimen horrendo!

MARQUES.

Le habian encontrado en el bosque en la misma actitud en que yo le ví despues. Una bala le habia atravesado el corazon y parecia que su mano estaba clavada sobre la herida por una fuerza sobrenatural; fue imposible abrirle el puño que tenia cerrado, como lo fue tambien colocar al lado del cuerpo el brazo que tenia retirado hácia atrás. Desde aquel instante se disiparon todas mis dudas. Llevado de un vago instinto acepté la mision de que estoy encargado, y hasta en medio de vosotros he venido buscando al asesino de Alfonso, sin saber donde hallaré su huella.

CONDE, *con voz apagada.*

Dios quiera que le encontreis pronto... pero perdonad... el cansancio... la fatiga... Permitid que me retire... Ven, Luisa, el Señor Marqués dispensará... me siento algo indispuesto...

LUISA.

Arturo!

El Marqués hace una seña de asentimiento, Luisa se acerca apresuradamente al Conde, éste se apoya en ella, y se van los dos por la puerta de la izquierda.

MARQUES, *mirando á Enrique y abriéndole los brazos con emocion.*

Hijo mio!

ENRIQUE, *arrojándose en ellos.*

Ah!

Permanecen abrazados un momento.

ESCENA XI.

DICHOS, RAFAEL.

RAFAEL, *entra por el foro con una carta en la mano, y se queda parado á la puerta.*

Aqui está el huesped. Calla! y el Señorito tambien... qué haria yo para alejarle? (*como inspirado*) Ah! Señorito! Señorito!

Hace señas á Enrique para que se acerque á él. El Marqués lo ve é indica tambien con la accion á Enrique, que vaya á ver qué quiere Rafael. El Marqués se sienta en un sillon hácia el proscenio y se queda meditabundo.

ENRIQUE.

Qué hay?

RAFAEL.

Quisiera deciros una cosa.

ENRIQUE.

Habla.

RAFAEL, *con misterio.*

Hace un rato que he ehado de menos la escopeta que el Señor Conde guarda con tanto cuidado en ese armario; y como creo que ningun criado de la casa se ha de haber atrevido á tocarla, he presumido si seriais vos... y como sabeis lo mucho que os quiero, sentiria que vuestro padre os reprendiera, si llegara á notar la falta.

ENRIQUE.

En efecto, yo la he cogido esta mañana.

RAFAEL.

Dios me asista!.. y por qué no la habeis vuelto á dejar en su puesto?.. Ya podeis ir por ella, antes de que el Señor Conde...

ENRIQUE.

Dices bien... se me habia olvidado. (*acercándose al Marqués*) Con vuestro permiso.

MARQUES.

Te vas?

ENRIQUE.

Vuelvo al momento.

MARQUES, *cogiéndole la mano.*

No tardes, hijo mio, tengo tanto gusto en verte!..

Vase Enrique corriendo por el foro izquierdo.

RAFAEL, *aparte.*

Logré lo que deseaba.

ESCENA XII.

EL MARQUES, RAFAEL.

El Marqués vuelve á quedarse sumergido en sus reflexiones.

RAFAEL, *acercándose al Marqués cavizbajo y tímido.*

Señor.

MARQUES, *vuelve la cabeza y en seguida toma la posicion que tenia.*

Qué hay buen hombre?

RAFAEL.

Tengo que pediros un favor.

MARQUES.

Cuál?

RAFAEL, *animándose poco á poco.*

Es el caso que yo estoy en Inglaterra.

MARQUES.

Ya.

RAFAEL.

Y que mi madre está en España.

MARQUES.

Eres español?

RAFAEL.

Y á mucha honra... Pero como aqui me va muy bien, no pienso por ahora volver á mi patria; mas sí quisiera que mi madre tuviera noticias de mí... para lo cual hace cinco anos que le estoy escribiendo una carta, que todavia está en mi poder, porque no he tenido ocasion de mandársela.. Si vos quisiérais encargaros de ponerla en sus manos.

MARQUES, *levantándose.*

Con mucho gusto lo haria; pero por ahora no trato de regresar á España.

RAFAEL.

Calla! el Señor Marqués del Alamo!

MARQUES.

Me conoces?

RAFAEL.

Yo lo creo. Y vos no me conoceis á mi?

MARQUES, *despues de haberle mirado.*

No recuerdo...

RAFAEL.

Pues es particular!.. No se acuerda ya el Señor Marqués de Rafaelillo?

MARQUES.

Rafaelillo!.. no.

RAFAEL.

Si... Rafaelillo, el hijo de la tia Teresa.

MARQUES.

Ah! de Teresa... la viuda de Tomás el guarda... Si... si... ya recuerdo.

RAFAEL.

No podia por menos de suceder asi... Y por supuesto vive todavia la viejecita?

MARQUES.

Todavia.

RAFAEL.

Y mi hermanita Pepa ha encontrado marido? Y mi primo Juan...

MARQUES.

No sé... no puedo satisfacer tu curiosidad. Pero, cómo es qué te encuentro aqui? Por lo que recuerdo, no estabas al servicio del Conde en España.

RAFAEL.

Entré á servirle poco tiempo antes de que se viniera, el mismo dia que murió nuestro desgraciado Señorito D. Alfonso. Estaba durmiendo al lado de mi casa en el bosque, cuando un tiro me despertó sobresaltado. Vi que estaba junto á mi el Señor Conde, á quien entonces no tenia el honor de conocer. Hallábase de pie y mirando á lo lejos con tanta atencion, que la escopeta se le habia caido de las manos, sin que lo echara de ver. Se la recogí, y el se mostró estraordinariamente sorprendido de mi atencion. Me dirigió varias preguntas: quién era? de donde venia?.. y me llevó consigo, prometiéndome que nada me faltaría... y á fe que lo ha cumplido.

MARQUES.

Pero no pasó nada mas?

RAFAEL.

Nada. Se conoce que le gustó mi fisonomia.

MARQUES.

Le habrias hecho algun servicio?

RAFAEL.

Ah! si... le habia recogido la escopeta.

MARQUES, *para si.*

Traerse á este hombre, solo porque es hallaba alli!

ESCENA XIII.

El MARQUES, *el* CONDE.

Cuando entra el Conde, se va Rafael, procurando que no le vea.

CONDE.

Ah! estábais aqui, Señor Marqués!

MARQUES.

Vuestra indisposicion me tenia con cuidado.

CONDE.

Oh! no es nada. Un vaido... me dan con bastante frecuencia... y lo atribuyo á que hago un ejercicio demasiado violento... Ya se me pasó... (*con intencion como deseando que se vaya*) He mandado que os alojen en la habitacion mas alegre de la casa.

MARQUES, *observándole con desconfianza.*

La alegria, Señor Conde, hubiera querido encontrarla en vuestro semblante. Per-

mitidme que os diga, que no me habeis recibido como á padre de vuestro amigo.

CONDE, *con viveza.*

Tampoco os habeis presentado vos como tal. (*con calma*) Por qué habeis abierto en mi corazon y en el de Luisa mal cerradas heridas que tan profundas y dolorosas son?

MARQUES, *con intencion.*

Yo no debia sospechar que fuesen mas profundas y dolorosas en vuestros corazones, que en el de un padre.

CONDE.

Pero al menos debeis haber conocido que estan mas vivas, porque nosotros no hemos tenido bastante valor para escuchar lo que vos habeis podido referir. (*el Marqués le observa*) Vos sois padre y llorais la muerte de un hijo, yo lloro la de un amigo, y... creedme Marqués, por muy amargo que os sea el recuerdo de su pérdida, no es para mi menos cruel el pesar que me causa. Era otro yo; con él he vivido, con él he muerto!

MARQUES.

Sé que eran estrechos los lazos que os unian, como que en otro tiempo os llamaban los inseparables.

CONDE, *enternecido.*

Si, eramos amigos, y no amigos vulgares, sino de aquellos que no tienen mas que un pensamiento, un alma y una voluntad; de aquellos que son mas que hermanos. Conocí á D. Alfonso en un viaje que hice á España, agregado á nuestra embajada; y cuando regresé á mi patria le encontré que viajaba por ella. Mi casa fué la suya; y como en Madrid nos eran comunes penas, satisfacciones y disgustos; no nos separabamos un momento, y á todas partes nos convidaban juntos porque no podian contar con el uno sin contar con el otro. Nada podia alegrarle cuando yo estaba triste; nada podia afligirme cuando él era feliz. Si se encontraba comprometido en algun lance de honor, venia al instante á buscarme y me decia: «Arturo, me voy á batir» y yo tomaba mi espada, porque ofender al uno, era ofender á los dos; porque no podian matarle á él sin matarme á mi. Cuán feliz seria yo, sino hubiese tenido para él un secreto!... Y ya no existe!... y mis lágrimas no han podido volverle á esa existencia que él hubiera sacrificado por mí!... (*sollozando*) Oh! Alfonso!... Alfonso querido!

MARQUES, *cogiéndole la mano, con espresion y cariño.*

Arturo!... no, el hombre que tanto queria no ha conocido la causa de la muerte, porque no hubiera dejado impune el crimen.

CONDE, *asustado.*

Cómo!... qué decis?... qué crimen?

MARQUES.

El que nos ha herido á los dos en lo que mas queriamos; el que yo persigo y que vos me ayudareis á descubrir. Conceded, Conde, al padre alguno de esos sentimientos que os unian al hijo; vos erais su amigo, sedlo mio tambien.

CONDE, *fuera de si y mirándole de hito en hito.*

Yo!... Qué me pedis?... No, no... me tendeis un lazo!

MARQUES.

A qué viene ese arrebato!

CONDE.

Por qué me mirais así?... Qué quereis?... Que sea vuestro amigo!.. yo!.. —Sí, si, puedo serlo, porque vos no teneis una esposa jóven y hermosa!

MARQUES, *retrocede asustado.*

Conde!

CONDE, *con viveza y espresion.*

No me condeneis, sois hombre, hoy virtuoso, mañana culpable!... Y sabeis ademas cual de los dos se la arrebató al otro?... Y quien os ha dicho que mi amor no era mas antiguo que sus derechos?... Ah! debiera haber huido, no es verdad.. cuando volví á España y ví que era su esposa?... Si, debiera haber huido y ocultado mi secreto... Y quien os asegura que yo no hubiese sido capaz de hacer ese sacrificio en otra parte?... pero allí... en vuestra España... en esos climas abrasadores... debajo de ese sol que inflama y devora los sentidos, no hay para los que hemos nacido en estos paises de yelo, ni razon, ni deber, ni amistad... todos los sentimientos generosos se concentran y apagan en una sola pasion, el amor, que es la vida! (*pausa*) Anciano: antes de acusarme, es preciso que se me compadezca; se debe tener lástima á un desventurado que queria á su amigo, y que se abrasaba en amor por la mujer de su amigo. Comprendeis ahora mis tormentos? Luisa me pertenece, pero es la viuda de Alfonso; y esta es la causa de

mis remordimientos hace cuatro años; habeis querido saberla, ya la conoceis; no existe otra.

MARQUES, *despues de una pausa.*

Conde, no me ocultais nada?

CONDE, *con amargura.*

Nada!

MARQUES, *despues de haberle observado.*

Ojalá sea así!

ESCENA XIV.

DICHOS, LUISA, *y despues* ENRIQUE.

LUISA *al Marqués.*

Ah! estábais aquí!

MARQUES.

Sí, Luisa; el Conde parece que está algo mejor y hablabamos...

LUISA.

El recibimiento que habeis tenido en esta casa, no es el que debiais esperar. La sorpresa que nos ha causado vuestra venida y la indisposicion del Conde nos han trastornado hasta el punto de hacernos olvidar nuestro deber; pero espero que vuestra permanencia aqui nos dará tiempo para reparar nuestras faltas.

MARQUES.

En ninguna habeis incurrido, Luisa; y me daré por muy bien recibido, si me conservais la amistad que en otro tiempo me profesábais.

LUISA.

Hubiérais encontrado la misma, si me hubiese sido posible manifestárosla cuando os he visto; pero me habeis contado cosas tan tristes!.. Asesinado!.. habeis dicho... Y por quién?... Alfonso no tenia enemigos.

MARQUES.

Al menos asi se creia.

CONDE, *con viveza.*

No conoces, Luisa, que estás renovando los tormentos de un padre con tan terribles recuerdos?

MARQUES.

Estos recuerdos, Señor Conde, no me abandonan un momento.

CONDE, *á Luisa.*

Se creia que no tenia enemigos!... Ya lo has oido.. Pero quién es capaz de leer en el corazon del hombre? Quién es capaz de adivinar los pensamientos que encierra de traicion y de asesinato? Amistad, afecto!... palabras vanas que se borran delante del interés ó de la pasion!

LUISA.

Por qué hablas asi, siendo tan pura y tan noble tu alma?

CONDE.

Ah! y esa misma pureza, de que tanto caso se hace, de qué depende? De la casualidad. Tal vez habría vivido sin mancha alguna aquel, cuya existencia es ahora una espiacion continua, sino hubiese creido en juramentos de muger, si le hubiesen guardado la fe prometida.

LUISA.

Arturo!... (*aparte*) Qué recuerdo!

CONDE.

Se ausentaría y le engañaron... fuese por violencia ú olvido, poco importa!... El nada habia olvidado... cuando volvió, la muger que amaba era la esposa de su amigo, y se encontró con que él era culpable, sin haber hecho nada para serlo.

LUISA.

Por compasion!

ENRIQUE, *entrando con una escopeta en la mano.*

Ah!

Hace ademan de salir, pero se detiene al oir al Conde.

CONDE.

Afecto!... amistad!... palabras vanas, dije que eran, falsas apariencias!.... Ah! hubiera debido comprender en ellas el amor, que es tambien una mentira.

LUISA, *llorando.*

Por Dios, Arturo!

ENRIQUE.

Llora mi madre!... (*avanzando con precipitacion se coloca entre el Conde y Luisa*) Señor Conde, qué tiene mi madre?

LUISA, *con viveza.*

Nada, Enrique... nada.

CONDE, *con las ojos clavados en Enrique y con un movimiento convulsivo,*

Y tú qué tienes?... una escopeta!... Enrique!.. qué escopeta es esa?...

ENRIQUE.

Os he desobedecido, Señor Conde, y...

CONDE.

Responde. Qué escopeta es esa? Quién te la ha dado?... De dónde la has tomado?

ENRIQUE, *con timidez señalando al armario.*

De allí.

CONDE.

De allí!... (*quitándosela*) Desventurado!.. Una escopeta en tus manos... y esa precisamente... esa... no sabes que abrasa!.. que mata!..

ENRIQUE.

Yo...

CONDE, *que ha tirado la escopeta del armario.*

No sabes que me pertenece?... que soy yo el único que puede tocarla? . el único, lo oyes?.. No bastaba infringir mis órdenes, era preciso tambien venir á perseguirme y atormentarme hasta aqui..... Pero ten entendido que yo no permito que nadie turbe mi sosiego..... Sea esta la última vez que vea en tus manos esa escopeta. He aqui el fruto de mi indulgencia y de mi bondad... He aquí como correspondes á mi cariño!

ENRIQUE.

Advertid...

CONDE.

Déjame... Oh! déjame, déjame.

MARQUES, *que no deja de observar al Conde, coje de la mano á Enrique, y dice con resolucion dirigiendo una mirada amenazadora al Conde.*

Ven, hijo mio!

Vase con Enrique.

ESCENA XV.

LUISA, CONDE.

El Conde se sienta, Pausa.

LUISA.

Te ruego, Arturo, que me oigas con calma; y si entre mis palabras se desliza alguna que pueda ofenderte, perdónamela en gracia de que mi animo no será nunca disgustarte. Te he amado con pasion, y te amo aun como el dia en que tus ardientes labios balbucearon por la vez primera el nombre de Luisa. Pero este amór que me hace tan feliz, no me ciega hasta el estremo de hacerme olvidar que es preciso que tu lo seas tambien; y has dejado de serlo... y yo debo sacrificar por tanto un cariño que en lo sucesivo seria egoista, supuesto que ya no te es necesario.

CONDE, *con amabilidad.*

Tambien tú quieres atormentarme!

LUISA.

Te dejaré libre: me retiraré con mi hijo al lado de tu hermana, ó regresaré á España á ocultar mis lágrimas...

CONDE.

Abandonarme tú, Luisa! tú!.. ah! cómo has podido pensarlo siquiera?.. Es decir que todo el mundo conspira aquí contra mí?... Quiéres verme morir!.. abandonarme tú, Luisa!.. Vamos... vamos... es acaso eso posible?... Y qué sería de mi sino te tuviera á mi lado?.. No sabes cuanto te amo?.. ó lo has olvidado ya?... ah! tu amor es mi bien, mi consuelo, el único lazo que me une á la vida; sin él, sin su presencia, qué me quedaria en el mundo?.. Cuanto he pasado, cuanto he sufrido no me serviria de nada!.. Te perderia al fin!.. Oh! no, no... eso no puede ser.

LUISA.

Eres desgraciado, Arturo, y yo soy quien ha causado tu desgracia!

CONDE.

Ah! es verdad que esas prlabras han salido de mi boca, pero nunca han estado en mi corazon... nunca, Luisa, nunca! Si... si.. soy desgraciado... pero á un desgraciado á quien todos atormentan, y á quien el dolor arranca quejas injustas é insensatas se le debe tener lástima... al hombre que pide perdon y que lo pide de rodillas y llorando, se le debe perdonar... No me perdonarás tú, Luisa?

LUISA.

Arturo!.. Arturo mio!

CONDE.

Cómo has de ser tú culpable de mis acciones, cuando eres una pobre víctima, cuya existencia ha acibarado mi amor!.. Ah! mis palabras han sido las de un loco... las de un hombre sin corazon, y... tu no puedes perdonarme... pero no te separes de mi!

LUISA.

Todo lo he olvidado ya, Arturo... Todo!

CONDE.

Ah! tus lágrimas en este momento son un rocío consolador que amortiguan las heridas de mi alma... Ven, ven... que te estreche en mis brazos... y juremos no separarnos nunca!.. Pero en medio de nuestra alegria nos olvidamos de tu hijo á quien tan mal he tratado... dónde está?.. el pobre muchacho nó sabia el daño que me hacia.. debe aborrecerme... quiero verle... quiero que mis caricias reparen en parte el pesar que le he causado!

LUISA.

Enrique vendrá á arrojarse en tus brazos.. voy á enviártele... Le diré que tu le aguardas? (*asentimiento del Conde*) Y no volvamos á hablar de mí... ya no me acuerdo mas que de tus palabras bondadosas y consoladoras. Ah! cuanto tiempo hacia que no era yo tan feliz!

Se arroja en los brazos del Conde.

CONDE.

Luisa mia!

La acompaña de la mano hasta la puerta del foro, y se separan despues de haberse dirijido una mirada de cariño.

ESCENA XVI.

El CONDE.

Pobre Luisa! cuanto padece!.. Y de todo tiene la culpa ese anciano, cuya presencia me mata... Por qué habrá venido á renovar mis tormentos... á sembrar en mi casa la desgracia que le persigue? (*pausa*) Era yo acaso mas feliz antes?.. Oh! no!.. pero al menos estaba mas tranquilo... Vamos; alejemos tan sombríos pensamientos!.. Enrique va á venir y yo no debo recibirle con semblante severo y triste!.. Es acaso justo que porque yo sufro, sufran tambien cuantos me rodean?.. No; siento pasos... El es!

Dirijese al foro y aparece el Marqués.

ESCENA XVII.

El CONDE, *el* MARQUES.

CONDE, *retrocede.*

Vos aquí Señor Marqués! Qué quereis, qué mas exigis de mí?.. Y para qué son esas armas?

MARQUES, *tirándole una espada.*

Defendeos.

CONDE.

Que me defienda!.. Y por qué?

MARQUES.

Porque vuestro crímen ya no es un secreto entre los dos; porque es preciso que mateis al padre, como habeis matado al hijo!

CONDE.

Yo!

MARQUES.

Vos!... El atentado que habeis cometido no ha podido permanecer oculto por mas tiempo y no debe quedar impune.. defendeos!

CONDE.

Dios mio!

MARQUES.

Pueden venir.. despachad!

CONDE.

Batirme yo con un anciano!

MARQUES, *con ironía.*

Admiro vuestra compasion... (*con energía*) Pero aun tengo bastante fuerza para manejar una espada... recoged la vuestra y defendeos!

CONDE.

Jamás!.. Quién sabe si el poder del momento arrastraria la voluntad... Cuando vuestra espada se acercase á mi corazon, pudiera muy bien que el amor á la vida se reanimára en él... y tal vez os mataria.

MARQUES.

Bien! mátame.

CONDE.

No: herid vos.

MARQUES.

Sin que te defiendas! (*con amarga ironía*) Ah! no soy yo quien hiere asi.

CONDE, *con furor.*

Qué habeis dicho! (*con tono de súplica*) Señor Marqués, Señor Marqués...

MARQUES.

Llevas un nombre ilustre, y eres un infame!

CONDE, *fuera de sí.*

Ah!

MARQUES.

Tan infame como los asesinos.

CONDE, *en medio del delirio recoge la espada.*

Desventurado!

MARQUES, *con alegria.*

Al fin...

CONDE, *rompiendo la espada.*

No: maldita sea mi mano, si desenvaina esta espada.

MARQUES.

No quieres arriesgar tu vida... Bien, yo te la arrancaré.

Coge la espada con las dos manos como si fuera un puñal.

CONDE, *con risa convulsiva.*

Quereis cometer un asesinato!.. vos!.. no estais viendo que es obra superior á vuestras fuerzas, y que no podriais perpetrarle con esas armas? La mano del hombre tiembla en el momento en que va á hundir el

puñal en el seno de su semejante; el terror hiela su alma; su brazo pierde la fuerza y la obra queda incompleta. Queréis cometer un asesinato con toda seguridad? no recurrais á una espada... recurrid á una arma de fuego... Entonces sin acercaros al objeto, podeis alcanzarlo. La cólera os arrebata, preparais la escopeta... pero el éxito es incierto... puede errarse el tiro... Si estuvieseis seguro del resultado, arrojariais lejos de vos el arma fatal... Entonces el angel malo os dice al oido: «Le acertarás?..» y arrastra la voluntad que vacila, y la mano tiembla, y el tiro sale, y la víctima herida de lejos cae y muere.

MARQUES.

Alfonso! Alfonso!

CONDE.

Alfonso lo sabia todo y queria vengarse... en ella!.. en ella!.. y yo tenia celos... celos de un bien que él me habia arrebatado... Le encontré en el monte... El arma mortifera estaba en mis manos... Para salvar á Luisa y poseerla no tenia mas que apretar el resorte fatal... Le apreté... brilló el fuego... y el plomo voló!

MARQUES.

Asesino! Asesino!

CONDE.

Ah! me conoceis... Cuánto mas vale que todo se haya descubierto!.. Yo tenia que encerrar mi secreto en el pecho... y era un fuego que me devoraba. (*respira libremente*) Ahora la llama ha destruido los obstáculos que la comprimian... Se ha abierto paso con las palabras que he pronunciado... y todo está consumido, es verdad, pero tambien todo está tranquilo.

MARQUES.

Hijo mio!.. y yo no puedo vengarte!

ESCENA XVIII.

DICHOS, ENRIQUE.

MARQUES, *viendo á Enrique.*

Ah! Enrique... el cielo me le envia!.. Ven, ven, hijo mio. Ves ese hombre? ese es el que asesinó á tu padre!

ENRIQUE.

Dios poderoso!

MARQUES.

A tu padre que tanto te queria!.. Te acuerdas de tu pobre padre?.. Te acuerdas de cuando te cogia en brazos... y te sentaba sobre sus rodillas... y pasaba sus manos por tu luenga y rizada cabellera?.. Pues ese hombre que aqui ves te ha privado de todas sus caricias... ese hombre le ha asesinado... y ahora mismo se ha jactado de ello en mi presencia... Si, hace un momento... Dile que me desmienta si se atreve... y cuando le he pedido venganza, me ha despreciado porque soy viejo... pero tú... tú tienes diez y seis años.

ENRIQUE, *precipitándose sobre el Conde y agarrándole convulsivamente el brazo.*

Una espada! asesino! una espada!

MARQUES, *fuera de sí de alegria.*

Ah! veo con orgullo que corre por tus venas la noble sangre de mis mayores.

CONDE.

Enrique!.. Enrique mio!

ENRIQUE.

No, no; vuestra vida ó la mia!

CONDE.

Tu vida! Tu vida, hijo mio!

ENRIQUE.

Yo no soy vuestro hijo!.. Qué habeis hecho del que podia darme tan dulce nombre?

CONDE.

Yo no puedo batirme contigo.

ENRIQUE.

No hay mas remedio. Vos no querreis que os asesine, y yo os asesinaría.

CONDE.

Serias capaz de cometer semejante crímen?

ENRIQUE.

Sin vacilar... y en cualquier parte... hasta á presencia de mi madre que no sabe que ha dado su mano al matador de su marido.

CONDE.

Sí... tu madre es inocente... Delante de Dios que nos oye, juro que ella nada sabe, que nada sospecha... Es pura como un ángel... tú lo conocerás como yo... Y nunca debe ruborizarse delante de ti!... Ah! mírala, mírala como el único consuelo que te queda en la tierra.—Nos batiremos, lo oyes?... es para mí cosa muy cruel, pero nos batiremos... (*se acerca al Marqués, va á cojerle la mano y este la retira horrorizado.—Con mucha espresion y sentimiento al mismo Marqués*) No temais por su vida!

ESCENA XIX.

DICHOS, LUISA.

LUISA.

Qué gritos son esos? qué sucede?

CONDE.

Nada, nada. Enrique á quien has enviado... á quien he perdonado... y á quien otra vez perdono... Enrique que me ha hablado como debia... que ha cumplido con su deber... Recíbele en tus brazos... (*le arroja en los brazos de Luisa*) Es un buen hijo... Oh! sí!... quiérele mucho, porque mucho te quiere él á ti.... (*pausa.—Luisa y Enrique abrazados.—El Conde muy ajitado.—El Marqués conmovido y meditabundo.—Cuadro*) Las continuas y fuertes emociones que en tan poco tiempo he esperimentado... Si... (*acercándose á Luisa y empujándola dulcemente hácia el foro*) necesito quedarme solo.... dejadme, dejadme...

LUISA.

Si tu lo exijes....

CONDE.

Te lo suplico.

LUISA *cogiendo de la mano á Enrique.*

Ven hijo mio; vamos.

Vanse por el foro por la derecha. El Conde los acompaña hasta la puerta, donde Luisa le dirige una mirada cariñosa y Enrique una mirada de cólera. Durante esta accion habrá dicho aparte.

MARQUES.

Me ha dicho que no tema por su vida!.. Pero quien da credito á las palabras de un asesino?.. El dolor... la cólera... me han arrebatado... Si Enrique sucumbiese... Oh! necesito hablarle á solas... disuadirle.

Vase precipitadamente por ei foro. El Conde se sienta en un sillon sumamente abatido.

ESCENA XX.

El CONDE.

Pausa.

Cómo no comprendí que debia haber sucedido todo lo que está pasando? Cómo no comprendí que el silencio y el engaño debian tener un término?.. Mientras que uno encierra en el secreto de su pensamiento un deseo criminal, el crímen no existe: esto es lo que el hombre se propone y lo que precisamente le pierde: cree que podrá hacer desaparecer en la noche de su corazon las acciones que ejecute, como los proyectos que forma... Desventurado!.. Llevarás la carga que te has impuesto; pero á cada paso te se hará mas pesada; te abatirá, te abrumará... y dia vendrá en que no puedas sostenerla, y caerás en el abismo, arrastrando contigo todo aquello que mas grato te era en el mundo... (*se levanta*) No; no será asi: mi resolucion está tomada... llevémosla á cabo. (*tira de la campanilla, aparece un criado*) A Rafael que venga. (*se sienta y se pone á escribir*) «Luisa: cuando llegue á tus manos esta carta, te estará esperando una silla de posta; sin detenerte un momento te alejarás en ella con el Marqués y tu hijo de un sitio que solo ofreceria á tu memoria amargos recuerdos... Yo voy á buscar el reposo donde tal vez no se encuentra... Adios, Luisa!.. El amor me arrastró á un crímen, y este crímen me priva de mi amor!.. Alfonso fue por mí... Ah! me falta el valor... No te pido que me perdones, te suplico sí que no me maldigas... Adios!.. adios!..» (*Cae abatido.—Pausa.—Con resolucion*) Es preciso! (*cierra la carta*) Antes de que Enrique se separe de su madre, habré dejado de existir! (*se levanta*) En el pabellon del jardin... si... eso es!.. Algunas líneas á mi hermana y todo se habrá acabado! (*va á sentarse otra vez y se detiene*) Siento pasos!.. si fuese Enrique!.. (*respirando*) Es Rafael!

ESCENA XXI.

El CONDE, RAFAEL.

CONDE, *acercándose á Rafael.*

Os he mandado llamar, Rafael, porque tengo que hablaros. Hace cinco años que estais en mi compañia, y creo que en nada os he faltado. (*Rafael parece que está reflexionando*) Decid, teneis alguna queja de mi?

RAFAEL.

Me parece... me parece que no.

CONDE.

Sé que vos habeis hecho mas por mi, que yo por vos; asi pues soy todavia vuestro deudor. Os estoy sumamente agradecido por

vuestro silencio, pero el motivo que para mi felicidad y reposo hacia indispensable vuestra presencia aquí, ha dejado de existir.

RAFAEL.

Ah!

CONDE.

Qué remedio? Tarde ó temprano debia suceder así.

RAFAEL.

No digo que no; pero hubiera preferido que hubiese sido todo lo mas tarde posible.

CONDE.

Lo mismo da. Desde hoy quedais en libertad de marchar; pero como es justo que os recompense dignamente, aceptad esta cartera; contiene una cantidad en billetes que os asegurará el bienestar para lo sucesivo. Antes de alejaros sin embargo tengo que pediros un favor: decid á Thon que ponga al momento la silla de posta.

RAFAEL.

La mandais poner para mí, Señor Conde?

CONDE.

No... no.

RAFAEL.

Perdonad.... como me habiais dicho.... creia...

CONDE.

No... es para mí. Me traereis las pistolas que están sobre la mesa de mi despacho... y.. (*mirando al reloj*) Las siete... y cuando den las ocho, entregareis esta carta á la Condesa... A las ocho en punto... Lo oís?... Cumplido este deber podreis despediros de la quinta de Glenarvon.

RAFAEL.

Está bien.

Se va por el foro, y entra Enrique.

ESCENA XXII.

El CONDE, ENRIQUE.

ENRIQUE, *despues de un momento de silencio, en voz baja y con ajitacion.*

Estais pronto, Señor Conde?

CONDE.

Ah! Insistes todavia?

ENRIQUE.

Siempre.

CONDE.

No ves que puedo matarte.

ENRIQUE.

No me asusta la muerte.

CONDE.

No ves que mi brazo mas diestro que el tuyo...

ENRIQUE.

El mio lo guiará la justicia del cielo.

CONDE.

Advierte...

ENRIQUE.

Nada: cuando estareis dispuesto?

CONDE, *despues de una corta pausa.*

Solo el tiempo necesario para escribir á mi hermana: á las ocho.

ENRIQUE.

Dónde?

CONDE.

En el jardin.

ENRIQUE.

Junto al pabellon.

CONDE, *con intencion.*

Alli me encontrarás.

ENRIQUE, *con satisfaccion.*

Ah!

CONDE, *despues de un momento de lucha consigo mismo dice para si.*

Vamos.

Vase por la puertecita que conduce al jardin.

ESCENA XXIII.

El MARQUES, ENRIQUE.

MARQUES, *entra sumamente agitado.*

Aqui está!.. Gracias á Dios que te encuentro!.. Temia llegar demasiado tarde! Ese duelo no puede efectuarse.

ENRIQUE.

Y quién lo impidirá?

MARQUES, *con viveza.*

Oh! yo!.. (*poniéndose sobre si*) Yo soy un anciano; y el anciano no tiene mas que un momento de energía. El tiempo que agota las fuerzas de su cuerpo, agota á la par las de su alma: bien puedes gritar; cumple con tu deber... cuando llega el momento, cuando llega la hora, se acerca al que ha arrojado delante del peligro, le coje la mano, y le dice: Enrique no te batas.

ENRIQUE.

Qué decis?

MARQUES.

Ah! este es mi único pensamiento ahora, y no puedo ocultártelo... Ese duelo ha sido aceptado, yo debo sufrir sus consecuencias y por tanto no conozco ya debilidad, ni afrenta, y me presento á ti con las lágrimas, en

los ojos, y las súplicas en los labios... á tí que eres tan jóven y tan inesperto... á ti cuya vida tan locamente he espuesto...

ENRIQUE.

Dios mio!.. Qué exigis de mi?

MARQUES.

Escucha. Yo toco ya al término de mi carrera; pocos son los momentos que de vida me quedan, y en esos pocos dias, tan solo tú puedes consolarme. Ya ves que no es posible que yo muera solo, aislado y sin una mano que cierre mis ojos... En fin, yo no he merecido que todos me abandonen, ni sobrevivir á todos... Ah! no te enternecen mis palabras, porque no sabes hasta qué punto he sido desgraciado. Yo tenia un hermano que me queria, y ha muerto! Tenia una esposa á quien amaba, y ha muerto! Tenia un hijo y lo han asesinado!.. Tambien te asesinarian á ti!..—Oh! Enrique! Enrique! no te batas.

ENRIQUE.

Ah! no lloreis: el cariño os ciega! Lo que exigis de mi seria una infamia. Porque no veis mas que el peligro que me amenaza hablais en esos términos, pero cuando mas adelante volviésemos á ver la España, porque regresaremos juntos á nuestra hermosa patria, no es verdad?.. cuando mas adelante encontraseis en la casa de nuestros mayores, ya vuestros recuerdos, ya vuestros dolores, qué me diriais entonces? Mucho te quiero, Enrique; eres un buen hijo, pero no has vengado á tu padre.

MARQUES, *sollozando.*

Hijo mio! hijo mio!.. Cuán nobles son tus sentimientos!.. Pero renuncia á ese fatal encuentro, sino por mi, pobre anciano, por tu madre, débil muger, que tanto te quiere y que no sobreviviria á tu muerte.

ESCENA XXIV.

DICHOS, RAFAEL.

RAFAEL, *entrando por el foro.*

Perdonad, creia encontrar aqui al Señor Conde.

ENRIQUE.

Qué quereis?

RAFAEL.

Venia á decirle que la silla de posta que ha pedido está corriente, y le traia...

Deja una caja de pistolas encima de la mesa.

ENRIQUE.

Una silla de posta!.. y para quien?

RAFAEL.

Para él.

ENRIQUE.

Estás seguro?

RAFAEL.

Como que él mismo me lo ha dicho.

ENRIQUE.

Ah! (*al Marqués*) Ya lo ois.

MARQUES, *á Rafael.*

Déjanos.

RAFAEL.

Pero...

MARQUES.

Nosotros avisaremos al Conde: le estamos esperando.

Vase Rafael.

ESCENA XXV.

El MARQUES, ENRIQUE.

ENRIQUE.

Quiere huir.

MARQUES.

Si... si... Tiene miedo: pero en cualquier sitio que se oculte, allí le alcanzará la justicia de Dios... Cree acaso que podrá evitar el castigo?.. Aqui le habria recibido de tu mano; pero es tan cobarde que huye! Si... huye... y como no eres tu el que ha tenido miedo, en nada faltas al honor, ni al deber.

ENRIQUE.

Y la sangre de mi padre que aun no está vengada? Cesad de ponderar ese estéril valor, que ahora ya no seria mas que un pretesto, hijo de la cobardía. Yo era un niño cuando vos me habeis agarrado del brazo, y me habeis dicho: ese es el que asesinó á tu padre. Desde aquel momento me habeis hecho hombre; permitid pues que como tal obre.

Hacen ademan de marcharse.

MARQUES.

Me dejas, Enrique? Cuáles son tus proyectos?.. Castigar un asesino! pero á ese asenino no le falta valor, ni audacia, y si trata de alejarse es porque la Providencia que prevee el fatal resultado de ese combate, lo ha inspirado la idea de evitarlo.

ENRIQUE.

Si la Providencia le ha dado á él la es-

peranza de escapar, á mi me ha dado el poder de detenerle.

Queriendo marchar.

MARQUES.

Una palabra, Enrique, una sola palabra, y despues que me hayas oido, podrás salir, si quieres. Mis súplicas son ineficaces, asi debia suceder. Quieres batirte... bien; pero yo quiero servirte de guia, y supuesto que ya no me opongo á tu proyecto, sino que lo apruebo, espero que seguirás mis consejos.

ENRIQUE.

Quiere huir!.. Quiere huir!

Siempre en ademan de querer salir, y el Marqués deteniéndole.

MARQUES.

Pero todavia no ha marchado, y se le puede detener.

ENRIQUE.

Oh ¡ yo os juro que no marchará (*viendo la caja de las pistolas*) Ah!

MARQUES.

Yo tampoco quiero que se nos escape: como tu quiero asegurar nuestra venganza; pero á mi no me ciega la cólera; bajo al jardin... (*aparte*) asi evitaré que le encuentre (*alto*) cierra las verjas... guárdate las llaves... y de este modo será imposible la fuga é inevitable el combate. No me escuchas?

ENRIQUE.

Dispensad... (*no ha apartado la vista de las pislolas*) Esas pistolas!..

MARQUES.

Yo aqui te espero: volverás á buscarme?

ENRIQUE.

Si.

MARQUES.

Me lo prometes, Enrique?

ENRIQUE.

Os lo prometo.

MARQUES.

Bien!.. ve... ve... pronto.

Vase Enrique por la puertecita que da al jardin. Coje la caja de las pistolas con la mayor satisfaccion.

ESCENA XXVI.

El MARQUES.

Luego que ha marchado Enrique, toca la campanilla con violencia.

Su madre! que llamen á su madre! (*aparece un criado*) A la Señora Condesa que venga al momento. (*vase el criado*) Solo ella puede ya impedir ese fatal combate. Enrique no intentará resistir á sus súplicas; no se atreveria á revelarla el motivo de su negativa... Sí... callará... obedecerá... Y si mas adelante me pide cuenta de mi debilidad, yo le habré salvado. Qué me importan sus reconvenciones. Lo que yo quiero es que viva... que viva...

ESCENA XXVII.

El MARQUES, LUISA.

LUISA.

Me han dicho que me llamabais... Qué significa esa turbacion... esa ajitacion?

MARQUES.

Escuchadme, Señora. Dentro de cinco minutos voy á marchar; una silla de posta espera á la puerta: pero en España adonde regreso, me aguarda una vida solitaria y triste; permitid por tanto que Enrique me acompañe.

LUISA.

Enrique! Pero que ha sucedido? Aqui encontrareis los cuidados y el cariño que vos mereceis. A que viene esa marcha tan repentina?

MARQUES.

Se ha hecho necesaria.

LUISA.

En ese caso Enrique no puede acompañaros. Os respeta y aprecia como debe; pero siempre ha estado al lado de su madre y no accederia fácilmente á separarse de ella.. Y yo... yo moriria de pesar, si tal sucediera.

MARQUES.

Permitid que me le lleve, Luisa; os lo pido, os lo suplico.

LUISA.

Pero por qué me quereis separar de Enrique? Sin duda me ocúltais algun secreto... porque no se arranca así sin mas ni menos á un hijo de su madre.

MARQUES.

Es preciso, Luisa!

LUISA.

Pero cual es el motivo?... Yo debo saberlo. Vos quereis á Enrique, pero no os habeis podido figurar, que á una indicacion vuestra os habia yo de sacrificar mi cariño y mi tranquilidad.

MARQUES.

No veis que estoy temblando por él, y que es preciso que yo le salve, porque si permanece aqui algunos momentos mas van á matarse?

LUISA.

Y quién?

MARQUES.

El mismo que mató á su padre.

LUISA.

Está aquí!

MARQUES.

No me pregunteis, Luisa.

LUISA.

Su nombre?.. Os callais!.. Oh! Decidme que no es el Conde.

MARQUES.

No exijais que os conteste!

LUISA, *tapándose la cara con acerbo dolor.*

Arturo!

MARQUES.

Oh! yo no le pido cuenta de la sangre que ha vertido; nada le pido ya: que viva... Pero quiero que me devuelvan á mi Enrique, á mi hijo... Devolvédmelo vos que tanto le amais, y que sois la única que todavia puede hacerlo. Van á batirse!

LUISA.

Qué decís?

MARQUES.

Dentro de un momento.

LUISA.

Arturo! Enrique!.. y Arturo ha aceptado?

MARQUES.

Si... y le matará. Comprendeis ahora por qué queria llevármele?

LUISA, *abismada en su dolor.*

Si... Si...

MARQUES.

Y es preciso que marche conmigo al instante; porque mientras permanezca aqui, su vida estará en peligro.

LUISA

Sí... (*saliendo de su estupor*) Pero el tiempo vuela, y cuando queramos impedir ese combate, tal vez ya será tarde. (*llama con violencia*) Que llamen á Enrique, que le busquen, que venga!

MARQUES.

Dentro de un momento estará aqui; me lo ha prometido.

LUISA.

Oh! yo no puedo esperar en el cumplimiento de una palabra... Vos Señor Marqués, á quien yo tanto debo, y que quereis salvarle, tal vez sabeis donde está... id á buscarle... traedle aqui... Oh! ese combate no se efectuará... Decidle que quiero verle... que quiero hablarle... y se apresurará á venir, porque su madre le espera... porque su madre está desesperada!.. No, no le digais eso... temeria no poder resistir á mis súplicas... á mis órdenes... y no vendria! (*suenan dos pistoletazos*) Ah! esa esplotacion!..

Cae abatida en un sillon.

MARQUES.

Ah! ya es tarde!

Momento en silencio.

LUISA, *levantándose fuera de sí.*

Enrique!.. Enrique... Dónde está mi hijo!.. Quiero mi hijo!.. mi hijo!..

ESCENA XXVIII.

DICHOS, ENRIQUE.

Enrique aparece en la puertecita del jardin pálido y descompuesto.

ENRIQUE, *corriendo á abrazar á su madre.*

Madre mia!

LUISA, *abrazándole fuera de sí.*

Hijo del alma!.. (*soltándose de los brazos de Enrique y retrocediendo*) Y tu padre... el Conde!

ENRIQUE, *con solemnidad.*

El Conde ha muerto!.. mi padre está vengado.

LUISA.

Ah!

Cae desmayada. El Marqués y Enrique corren á socorrerla. — Telon.

FIN DE ARTURO, O LOS REMORDIMIENTOS.

Madrid.—Imp. de D. F. SUAREZ, plaz. de Celenque, 3.